

Leyendo a media tinta

Leyendo a media tinta

Deromza



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Deromza 2026

© Entre Libros Editorial LxL 2026

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería, (España)

Primera edición: enero 2026

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-28-5

Depósito legal: AL-4045-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Nayi,
convertirme en tu hermana le dio sentido al amor.*

Capítulo I

Dorotea, la máquina y el collar de Noa



*Madrid, un día cualquiera, de una semana cualquiera,
a las 17:28 de la tarde*

Estaba sentada imaginando que la grieta de la pared que miraba ensimismada se hacía cada vez más grande, y más, y más..., tanto que en pocos segundos lo absorbió todo, y a mí con ella. Y solo quedaba una oscuridad borrosa que desapareció en cuanto escuché que alguien me hablaba:

—¿Vas a tardar mucho? —Noa empezaba a impacientarse. Estaba apoyada en el pomo plateado de la puerta de la clase, esperando a que yo guardara mis cosas para poder irnos a la cantina a por algo de comer. Mi hermana rascaba impaciente la pintura verde de la puerta con las uñas de sus dedos índice y pulgar y, a la vez, daba golpecitos con la puntera de su pie, inquieta.

Cuando volví a enfocar la vista en el aula, me encontré con que era la única que seguía aún con los libros abiertos encima de la mesa. Los pupitres de mis compañeros estaban vacíos, quienes, delante de Noa, salían de clase mientras hablaban animados.

—Nos vemos luego.

Justo a mi lado, las palabras juguetonas de Dante resonaron como notas musicales en el aire. Su mano se aventuró a revolver mi cabello alborotado. Después, con un gesto de sus cejas, le envió un adiós silencioso a Noa y desapareció por la puerta.

—¿Quieres que te lleve yo eso? —insistió mi hermana, con una chispa traviesa en sus ojos y observándome mientras yo luchaba por guardar la carpeta. Parecía estar disfrutando del espectáculo, ya que su risa sarcástica llenaba el aula como el sol que se colaba por la ventana y me calentaba la espalda—. ¡Darcy, venga ya!

—¡Que te esperes!

Un resoplido de frustración se escapó de mis labios. Mis ojos siguieron el movimiento de don Santiago mientras levantaba su muñeca y señalaba el reloj que descansaba en ella; un gesto que ya había grabado en mi mente como si fuera parte de su propio lenguaje de la impaciencia.

—Es que todos los días me haces lo mismo. Yo no te digo que me esperes para ir a merendar juntas, pero tú todos los días erre que erre. —Suspiré con gesto exasperado. Mis palabras se derramaban una tras otra—. ¡Pues vete con tus amigos! Es que no puede ser, Noa, siempre igual con las prisas, siempre corriendo... —farfullé de forma atropellada, casi sin vocalizar.

No recuerdo el momento en el que empezamos a bajar las escaleras; creo que mi cuerpo se movió de forma automática, como en un baile sincronizado con la melodía familiar del vaivén de los escalones. Nos cruzamos con la China, que iba subiendo para dar su próxima clase, y hubo un momento... *extraño*. Por cada paso que daba, juro que sentía su mirada sobre mí, siguiéndome, analizando cada movimiento de una manera confusa, tétrica, casi podría decir que nerviosa, como el que espera cuando sabe que algo va a pasar. Era como estar en la antesala de algo grande, un momento tenso en el que el aire vibra con anticipación.

Giré la cabeza y clavé mis pupilas en las suyas, hasta que el silencio que nos mantenía atentas a nuestros pensamientos se rompió.

Y la expresión en el rostro de Noa cambió.

Por un momento, todo se volvió neutro. Era como si hubiera entrado en la grieta de la pared de la clase, como si la oscuridad aquella me hubiera tragado. Sentí un frío de mil demonios que se colaba en mis huesos. No me notaba el corazón latir, pero sí cómo los pensamientos bombardeaban mi cabeza. No, ni siquiera eran pensamientos propios en sí, sino versos de un diario que el destino escribió y que, tras la muerte de mi abuelo, permanecieron olvidados, hasta que los encontré. O quizá fue el diario el que me encontró a mí.

Y de repente...

Un pitido.

Mis ojos se abrieron de golpe. Desperté. Tardé un par de segundos en centrar la vista, pues me pesaban los párpados y la luz me cegaba.

Otro pitido.

«¿De dónde viene ese ruido?».

Miré a mi izquierda y vi la luz roja de una máquina.

«Espera, ¿la máquina expendedora?».

Y el olor a cereza.

—Cinco años después y aún sigues tropezando con el cable gris. Increíble.

—Noa... —susurré, llena de una abrumadora angustia que no me dejaba apenas respirar, y mucho menos pensar con claridad.

—Tremendo golpe te has dado. ¡Menos mal que sigues viva!

En su cara se dibujaba una sonrisa. Se dejó caer de la barandilla mientras se colocaba un mechón rebelde de su corto pelo negro detrás de la oreja y suspiraba aliviada al verme. Me tendió la mochila y me hizo una señal con la cabeza para que bajásemos.

Nos sentamos en una mesa de esquina en la cafetería: yo, con una bandeja que contenía un plato de carne, o quizá no tan *carne*, pero que servía para saciar el apetito. También llevaba, cómo no, mi botella de agua roja. No, el agua no era roja. La botella estaba pintada con rotulador y parecía que estaba bebiendo sangre, como

si fuese un vampiro. Es solo... una tontería que Noa se inventó cuando llegamos a Monttorf, para que se hiciera más ameno. Mi hermana en cambio había optado por un cuenco de sopa aguada con fideos flotando a la deriva y un panecillo algo duro que llevaba desmigando distraídamente desde que nos sentamos. A su lado, un vaso de zumo de naranja demasiado artificial como para haber visto una fruta en su vida.

Pero, como siempre, Noa tenía un as bajo la manga. O, mejor dicho, en su mochila. Miró a ambos lados con fingida conspiración, como si creyera ser un agente secreto, antes de sacar un paquete de galletas rellenas de chocolate, oculto entre sus libros. Lo deslizó hacia mí con una sonrisa cómplice.

Le sonreí de vuelta y tomé una de las galletas, dejándola con cuidado en el borde de mi bandeja. Ella apiló tres en la suya, una sobre otra, con total descaro.

—Para equilibrar, nena —susurró con una media sonrisa, y ambas reímos en voz baja

Durante la comida, todo parecía estar en calma. No volvió a mencionarse el tema. Pero dentro de mí crecía una chispa de incesante nerviosismo, como la de Dorotea —la China—.

Al pensar en ella me vino a la mente un recuerdo de hacía bastantes años, más de los que yo llevo aquí. Un alumno algo maleducado, le dijo a la directora, sin ningún reparo, que parecía china, aunque tal vez fue sin mala intención. Sin embargo, su reacción fue desproporcionada. Se enfadó tanto que su rostro se puso rojo, los labios le temblaban de rabia y, en medio del comedor o del pasillo, qué se yo, gritó con tal furia que incluso respirar se volvió pesado.

Basta decir que ese alumno desapareció del internado. Oficialmente, sus padres lo sacaron de Monttorf por «motivos personales». Pero los rumores corrieron entre los estudiantes: que la directora lo había expulsado en un ataque de ira, que lo había mandado a la 113 y nunca volvió a salir, que lo castigó de tal forma que terminó pidiendo el traslado por miedo.

Algunos decían que incluso la clase entera estuvo castigada durante todo el año: encierros en la biblioteca, exámenes sorpresa imposibles de aprobar, la comida reducida a platos aún más intragables de lo normal. Otros susurraban que aquella noche se fue la luz en todo el internado, como si su furia hubiera hecho explotar los fusibles.

Desde entonces, nadie se atrevió a decirle nada sobre su apariencia. Pero el apodo quedó grabado en la memoria de los estudiantes, pasando de generación en generación, aunque siempre con cautela.

En mi habitación, me puse el pijama y tiré la ropa encima de la silla del escritorio. Unos leves toques en la puerta hicieron que me levantara de la cama y dejara la *tablet*, en la que estaba decidiendo qué libro leer o qué serie ver, aunque al final terminara por dejarlo y sin ver nada, dada la indecisión que siempre me acompañaba.

Abrí, y en cuanto me encontré con sus ojos, sentí cómo el alma se me caía a los pies. Tuve que tomar una gran bocanada de aire para recomponerme. Era absurdo. No lo conocía de nada. Y, sin embargo, la sensación de familiaridad me golpeó con tanta fuerza que casi me dolió en el pecho. Como si ya hubiera mirado esos ojos verdes antes, como si pudiera anticipar cada una de sus expresiones en mi mente sin haberlas visto jamás. El brillo de sus pupilas, esa chispa en su sonrisa imposible de descifrar... de alguna manera, yo ya lo sabía.

Pero no era posible.

O quizá sí, aunque en ese momento, aún no lo entendiera.

Porque esos ojos verdes ya existían en otro lugar, en otras páginas, en otros versos.

Y en este mismo universo.

—Hostia, el de la 113 —pensé en voz alta.

Su brazo me hizo a un lado y pasó dentro sin permiso.

—Tu nuevo compañero de habitación —me corrigió, dejándose caer sobre la pared de detrás de mí.

Me giré para mirarlo y no encontré más que esa sonrisa juguetona y unos grandes ojos verdes desafiantes.

Sabía que debía tener mi edad, quince años, quizás un par por encima, pero aparentaba más, casi que la edad de Noa. Su cabello negro caía sobre su frente en un desorden perfectamente intencionado, y había algo en su rostro, una belleza desafiante, casi arrogante, como si supiera el efecto que causaba y le divertiera. Tenía unas cejas gruesas y definidas que acentuaban aún más la intensidad de esos ojos. Su piel, clara con un sutil matiz dorado, era impecable, salvo por los pequeños lunares dispersos en su rostro: uno delicadamente posado sobre la esquina de su labio superior, un par en el pómulos, lejos de su nariz recta, y otro justo donde su cuello comenzaba a fundirse con su mandíbula firme. No era demasiado corpulento, pero su sola presencia bastaba para llenar el espacio, para que todos lo miraran.

—*Temporal*, que no se te olvide —añadí, haciendo énfasis en mis palabras—. Y nada de tocar lo que encuentres por el escritorio —lo advertí, dándole golpecitos con el índice sobre su pecho.

—¿Y dónde duermo? —me preguntó, a punto de apoyar su culo vestido con ropa de calle sobre mi cama.

—Ah, no, de eso nada —mascullé, yendo tras él. Me paré frente a su rostro, di un par de palmaditas y le hice un gesto con las manos para que se irguiera antes de llegar a sentarse—. ¿Ves ese sofá con garabatos? —le indiqué, señalando con la cabeza el mueble que había en medio de la estancia, frente a la mesita auxiliar negra y la pared con manchas de humedad—. Pues ya sabes dónde vas a dormir. —Si algo tenía claro, era que no íbamos a protagonizar uno de los clichés más socorridos de las películas románticas. Suficiente tenía ya con que tuviera que quedarse en *mi* cuarto, el que pedí explícitamente que fuera individual—. Y ahora vas y le pides unas mantas a Loli.

—¿Loli? —Ese gesto de desconcierto en su rostro hizo que entendiese muchas cosas—. ¿Qué es una... loli?

Él no era de España. El dejillo americano al final de cada frase lo había expuesto un poco, pero lo último ya lo confirmó. Se puede saber mucho de una persona en tan solo un par de interacciones. Como, por ejemplo, sus intenciones al cambiar el tono de voz, como la primera vez que lo escuché hablando con Dorotea: molesto, distante. Todo lo contrario a como se mostraba ahora: divertido y cercano. Y también por la manera en la que intentaba enmascarar el acento, luchando por hablar un perfecto español a pesar de no haber acertado ni una erre. «¿Por qué hará eso?». Para mí, el acento era como una seña de identidad, es lo que has *mamao* de chico. Cuando a los judíos alemanes que encontraron refugiados en países como Estados Unidos o Reino Unido les preguntaron, respondieron firmes: «Alemania nos ha traicionado. El inglés es ahora nuestra lengua».

Olvidar o enmascarar tu lengua materna es, de alguna forma, arrancar de raíz a aquellos que te la enseñaron. Es liberación o fuga, depende de cómo se mire. Por eso, cuando Noa y yo, que veníamos de las entrañas de Andalucía, llegamos a Madrid y los *enteraos* de turno nos imitaban o trataban de hacer burla con nuestro acento, Noa se esforzaba por pronunciar todas las letras sin excepción y yo siempre le decía: «Si los abuelos te escucharan... ¡Habla bien!».

Así que, con más suavidad que a Noa en aquel entonces, traté de explicárselo al ver cómo sus mejillas se ponían rojas y se rascaba la cabeza, inquieto:

—No te avergüences por preguntar lo que no entiendas. Loli es la limpiadora. Muy maja, la mujer. Hazte amigo de ella y te proporcionará refrescos de contrabando dentro de Monttorf.

—¿Hablas de alcohol?

—¡Bingo! Pero tampoco hace falta que vayas gritándolo por ahí, que, como la China se entere, se nos cae el pelo.

Yo no es que bebiese; simplemente cubría a Noa cuando quería comprar alcohol. No lo veía bien, pero era mi hermana, no podía

dejar que la expulsasen, ya que no tendría adónde ir. Además, ya era mayorcita como para saber lo que debía o no hacer.

Volviendo al tema, Loli tenía un pequeño mercado clandestino en el que les vendía ese tipo de bebidas o cigarrillos a los alumnos de Monttorf. Noa tomaba, la mayoría de las veces, licor Reythor; el más barato y, sin duda, el que menos sabía a jarabe para la tos o a, en el peor de los casos, colonia. Yo lo probé una vez, pero no pasó de mi boca. Nunca me hizo gracia el sabor del alcohol y lo vomité sobre los pantalones negros de Dante. Estábamos en el jardín trasero, al que se accedía por una pequeña rejilla de ventilación que había en la sala de la piscina cubierta. Caminamos sigilosamente hasta que llegamos al lugar de los enebros, y una vez allí empezaron a sacar las botellas y a beber. Noa me insistió en que, al menos, lo probase, que seguro que me gustaría. Pero, como ya he dicho antes, no duró mucho tiempo en mí, sino en los pantalones de Dante.

—Por casualidad..., no sabrás si hay algún lugar en el cual estar sin que te vigilen, ¿no?

«Le he dado demasiadas confianzas al contarle lo de Loli y el alcohol».

—¡A ti te lo voy a decir! —exclamé, soltando un bufido y mirando hacia otro lado—. A lo mejor eres un chivato enviado por Dorotea —bromeé.

—¿Qué tendrán que ver las cabras en esto? —replicó, con una expresión extraña en su rostro: una mezcla de desconcierto con divertida sorpresa.

—¿Qué cabras ni qué...? —comencé, pero antes de concluir la frase comprendí cuál había sido la confusión—. Un chi-va-to, ¿no un chivo!

—¡Ah! Como un... desleal —inquirió, reprimiendo una risita—. ¿Me ves pinta de eso?

—¿Tú me ves pinta de asesina en serie? Porque es lo que soy —le espeté, cruzándome de brazos y dejándome caer en el sofá.

—No lo eres.

—Bueno, vale, no lo soy, pero... —hice una pausa para tomar aire y después soltarlo con dramatismo— siempre cabe esa posibilidad. Igual que la de que tú seas un desleal.

—¡Que no lo soy!

—Vale, pues ya está.

Traté de zanjar la conversación ahí, pero el chico no se cansaba con facilidad. Se apoyó en la pared y me miró con las cejas alzadas y ojos de cachorrito abandonado.

—Vamos, solo quiero estar apartado de todo un rato. Como si no existiera.

Y ahí, justo en ese momento, fue cuando empecé a creerlo. Quizá, si hubiera confiado en mi instinto, el mismo que me gritaba que estaba tratando de embaucarme y que escondía algo raro, aún podríamos estar los dos compartiendo habitación o fingiendo no existir en el patio de atrás. Quizá, y solo quizá, con un ojo menos inocente, habría entendido de qué iba todo aquello con solo un par de interacciones. Y habría evitado todo lo que vino después.

—Ni notarás que sigo aquí —insistió, inclinándose hacia mí, con esa expresión de cachorro abandonado que, para mi desgracia, sabía exactamente cómo usar a su favor.

—Eres... ¡un mosquito!

—¿Cómo un mosquito?

—Molesto y con el cerebro diminuto.

Algo de lo que dije le hizo especial gracia, ya que, de un momento a otro, su risa inundó toda la habitación. Era como el que pillaba un chiste tarde, que se queda un rato riéndose solo. Pues él igual. No sé si fueron sus carcajadas las que me contagiaron o cómo se le achinaban los ojos lo que me hizo sonreír.

En cuanto me acerqué al pomo para abrir la puerta, el brazo de Noa la empujó con fuerza hacia atrás y me dio en la cara, dejándome inmóvil y tratando de procesar lo que acababa de pasar. Empezó a buscarme por la habitación, hasta que, segundos más

tarde, se dio cuenta de que estaba detrás de la puerta que acababa de estampar.

—¡Lo siento, Darcy, perdón! —se disculpó, hecha un manojo de nervios—. Es que no te lo vas a creer... ¡Mira esto! —bramó, lanzándome una hoja de papel arrugada que tuve que coger al vuelo. Era un parte por haber cometido una infracción.

—¿Qué has hecho ahora, Noa?

—No he hecho nada, de verdad —gruñó con un hilito de voz—. Es más, creo que alguien entró en mi habitación...

—¿Cómo? —la interrumpió el de la 113, que durante todo ese tiempo había estado en silencio, observando la situación muy atento desde el otro lado de la puerta.

—Sí —le respondió ella sin ni siquiera inmutarse por que fuera una persona totalmente desconocida dentro de mi habitación la que preguntase—. Mi joyero estaba revuelto, y yo siempre lo dejo todo ordenado antes de irme. Y no encuentro mi colgante, el que cogí de casa de la abuela, ¿te acuerdas? —insistió, mirándome con ojos llorosos. Yo asentí, recordando a qué se refería. Era uno dorado, con forma de avión o pájaro zoomorfo... Muy extraño y feo. Pero, según ella, como José me había dejado un par de recuerdos a mí, lo justo era que ella se quedara con el collar. La abuela reconoció que ni siquiera sabía de dónde había salido y le dejó quedárselo cuando tuvimos que marcharnos de allí—. No me lo quito nunca, ¡ni para dormir!

—A lo mejor se te ha caído debajo de la cama o detrás del lavabo —sugirió el chico desde el otro lado de la puerta. Me miró de soslayo en un gesto claro de que me diera prisa. Yo le fruncí el ceño y le dediqué una rápida y mordaz mirada, con la que entendió que, si no me dejaba solucionar lo de mi hermana, no iríamos a ningún sitio.

—No, no, ya he mirado. Le he preguntado a Ari si lo ha visto, pero dice que no, y sé que ella no lo ha cogido. Y encima ahora me ponen un parte... —Se quedó pensativa durante unos instantes, y

como si las ideas hubieran llegado por gracia divina a su mente, añadió—: ¡Claro! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —Antes de seguir, Noa fue consciente del movimiento repetitivo de pierna de mi compañero y no terminó con lo que iba a explicarme—. Veo que tenéis prisa. No pasa nada, luego te lo cuento.

—¡No! Noa, no le echas cuenta a *este* —gruñí molesta—. Dime cómo puedo ayudarte.

—Tranquila, yo me encargo. Por si acaso, deséame suerte —me aseguró. Luego me dio un beso en la mejilla y salió corriendo, empujando sin querer a quien me esperaba detrás de la puerta y disculpándose a gritos por el pasillo, sin dejar de avanzar.

—¡Qué guapa! Y qué carácter. Supongo que se lleva en los genes.

Y *esa* era una de las reacciones más frecuentes que mi hermana solía causar en aquellos con los que se cruzaba. Tenía una presencia que llenaba la sala antes incluso de pronunciar una sola palabra. Su risa era cálida y contagiosa, y había en ella una energía que se sentía en cada rincón.

Su piel, pálida como la porcelana, contrastaba con su cabello negro azabache que llevaba corto, rebelde pero perfectamente enmarcado. Cuando la luz alcanzaba sus grandes ojos verdes en el ángulo preciso, destellaban en un dorado casi irreal. De pequeña, solía creer que era magia, como un truco secreto para ganarse mi asombro y mi admiración. Aunque ya la tenía, creo que desde que nació. Solo por ser mi hermana mayor.

Sobre el puente de su nariz respingona, un puñado de pecas se esparcía con la gracia de pequeñas flores silvestres, como las que solíamos recoger en cestitas de mimbre cuando éramos niñas. Le daban un aire travieso que ni el carmín de sus labios ni el rubor constante en sus mejillas lograban atenuar.

Nunca fue delgada, ni pretendía serlo. Su figura tenía la suavidad de las curvas que la vida moldeaba con generosidad a sus veinte años, y ella las lucía con orgullo, con el desparpajo de quien sabe que el mundo podría ser suyo si quisiera.

Noa hablaba con el corazón y se movía con la certeza de que cualquier gesto suyo podía mejorar el día de alguien. Siempre tenía un consejo oportuno, una palabra de aliento o una broma dicha con la entonación exacta que convertía un simple consuelo en una risa divertida. No dejaba espacio para silencios incómodos ni para rostros apagados.

Era imposible no verla. Pero aún más difícil, no quererla.

—Lo es. Ahora, deja de ser un incordio y sígueme —le dije a la vez que cogía la llave de la habitación de detrás de la puerta—. Y, por lo que más quieras, no te chives. No seas un desleal, Mosquito.

—De acuerdo. Lo prometo.

Capítulo 2

Oliver, la simbiosis y los enebros de los Canalizos



Caminamos a paso apresurado por los pasillos de la escuela hasta que el sonido de unos tacones repiqueteando contra el suelo hizo que me sobresaltara.

—¡Corre! —le ordené. Él me siguió hasta llegar a las taquillas del vestuario que daban a la piscina—. Vale, le... hemos dado... esquinazo, creo —resollé, desplomándome sobre uno de los bancos.

El chico suspiró aliviado y se sentó a mi lado. Me dio unas palmaditas en la espalda y esbozó una sonrisa. Yo dejé escapar el aire y comprendí que cada vez estaba más lejos de formarme una visión objetiva de él, como que casi estaba empezando a caerme bien.

«Puro efecto secundario de la adrenalina», supuse.

Cuando lo creí conveniente, abrí la puerta de los vestuarios poco a poco, tratando de ver que no hubiera nadie detrás.

—¿Qué se supone que haces? —le pregunté al notar cómo apoyaba su mentón sobre mi cabeza.

—Intento ver yo también... ¡Oye! —se quejó cuando le aticé un coscorrón contra el pecho—. ¡Qué bruta!

Salí de allí aguantándome la risa, de espaldas a Oliver, y le hice un gesto con la mano para que me siguiera. Apenas tardamos un minuto en cruzar el estrecho pasillo que llevaba hasta la piscina. Le enseñé la rejilla y le indiqué lo que tenía que hacer: cómo llegar al otro lado y cuánto tenía que asegurarse de que no estuvieran vigilándolo.

—No, pero ven conmigo —me pidió, tendiéndome una mano.

—No puedo, tengo cosas que hacer —señalé sin prestarle mucha atención, y volví hacia la puerta por la que habíamos entrado.

—¿Cómo estás segura de que si me pillan no voy a irme de la lengua? Yo de ti no me fiaría de mí.

—¿Eres idiota o qué? —Bufé y me di la vuelta, quedándome frente a él. Sus ojos examinaron los míos en busca de algún atisbo de ingenuidad. Desvié la mirada hacia la rejilla, negué con la cabeza y chasquéé la lengua—. Venga, que no tenemos todo el día, ¡sube!

Se ayudó del material de la piscina para llegar hasta la ventilación y yo repetí sus movimientos detrás de él. Al final del camino de la línea fluorescente, dio un golpe seco con el codo y la rejilla de ventilación cayó al suelo. Ante él se abría un jardín inmenso que se perdía entre el frondoso bosque que le seguía. La única regla que teníamos Noa, sus amigos, Dante y yo era pasar del primer enebro de los Canalizos y nunca llegar al tercero. Cruzar los enebros significaba entrar en el bosque y salir de Monttorf, por lo cual, si te pillaban cometiendo una infracción como fumar o beber alcohol, que suponían expulsión de forma casi inmediata, estabas exento. Aunque, del parte por abandonar la propiedad sin autorización previa no te librabas.

Tras un pequeño salto, aterrizamos sobre las hierbas que no se podaban desde hacía..., probablemente, desde que Monttorf fue construido, quién sabe. El chico metió una mano dentro de su bolsillo y sacó un mechero de color pistacho.

—¿Qué haces? ¡Aquí no! —lo advertí, y le aticé en la mano para que lo guardase rápido—. Primero: no guardes ni el mechero ni el tabaco en la escuela. Si verdaderamente quieres conservar tus vicios aquí dentro, más te vale esconderlo todo de manera que no puedan pillarte, ¿entiendes?

—¡Vale, vale! —exclamó con el ceño fruncido, como cuando regañan a un niño pequeño por meter el dedo en la nata del pastel—. Tú mandas, ¿qué hacemos ahora?

—A mí qué me cuentas —le espeté—. Ya te he dicho el camino que tienes que tomar y te he advertido sobre lo que no tienes que hacer. Sigue tú solito y déjame en paz.

—Mira, hagamos una cosa, ¿vale? —comenzó mientras yo ponía los brazos en jarra, esperando a ver qué iba a soltarme ahora—. Como sé que no te caigo bien, nuestra relación a partir de ahora será una simbiosis.

—Más bien pareces un parásito, Mosquito —señalé, poniendo los ojos en blanco y echando la cabeza hacia atrás.

—Escúúúchame. —Alargó la sílaba con el fin de que sonara tranquilo, pausado, como si hubiéramos alternado los papeles y ahora fuera él quien le hablaba a un niño pequeño. De igual forma, me agarró por los hombros y sostuvo mi mirada mientras hablaba—: Yo te ayudo a ti en lo que necesites y tú me ayudas a mí. Yo seré un mosquito, y tú..., una mosca, ¿qué te parece?

—¿En qué se ayudan exactamente el mosquito y la mosca? —quise saber, reprimiendo las ganas de reírme que estaban entrándome al escuchar semejante estupidez.

—Eeeh..., bueno, en nada, pero... —y ahí era cuando empezaba a improvisar— te pareces a una, con los ojos esos tan grandes que tienes.

—¡Ah, estupendo! ¿Algo más, mi simbiote? —le pregunté de nuevo de forma sarcástica.

—Pues mira, también me recuerdas a...

—Cállate, o rechazaré tu propuesta —lo advertí, apuntándolo con el dedo índice. Él mostró las palmas de las manos en un gesto de inocencia y dio unos pasos hacia atrás—. Vamos hasta esos árboles de allí, ¿los ves? —le indiqué, señalando a lo lejos los enebros de los Canalizos. Él asintió, y al mirarlo de soslayo pude ver cómo una sonrisa pícara se dibujaba en su rostro—. Es lo que te he dicho antes: tienes que quedarte entre el primero y el tercero. Ni uno más ni uno menos, ¿sí?

—Vente y me dices dónde es exactamente —me sugirió mientras se encogía de hombros.

—Me tienes harta —repliqué. Arrugué la nariz y levanté el labio superior en un claro gesto de disgusto.

Sin avisarlo, empecé a andar por el camino que le había indicado. Él me alcanzó y me tendió una mano, como tratando de estrechármela igual que se saludan los tíos o como si estuviera a punto de cerrar un trato.

—Me llamo Oliver, que me he dado cuenta de que siempre evitas llamarme por mi nombre. Sé que no te acuerdas.

Me detuve sin mirarlo, ruborizada por que llevara razón. Inmediatamente, el rojo de mis mejillas me avergonzó aún más, y como si me reiniciara, me pasé una mano por la cara y mi semblante se volvió serio de nuevo. Le estreché la mano.

—No es eso, es que me gusta más como te queda Mosquito. Como que te pega más, ¿no crees?

Él negó con un gesto burlón en su rostro, me dio un golpecito en el hombro y seguimos caminando. De alguna manera, en aquel momento, sí se selló algo más que una nueva bienvenida.

Luego se pasó el resto del camino preguntándome cosas que había estado pensando a lo largo de su día en Monttorf, como por qué su habitación había estado cerrada durante tantos años y habían decidido restaurarla ahora o si Dorotea siempre tenía esa cara de culo con todo el mundo y no solo con él cuando aquella

mañana habían estado arreglando su expediente de traslado. Solo para una de esas dos preguntas conseguí darle una respuesta.

Y así, entre pregunta y pregunta y sin darme cuenta, tropecé. Dos veces el mismo día, ¡casi un récord!

—¡Es que no te callas! —exclamé al ponerme de pie. Me sacudí los pantalones de cuadros rojos del pijama, que entre una cosa y otra había olvidado cambiarme, y me limpié en unos matorrales las zapatillas de deporte llenas de fango. Él se disculpó enseguida y me preguntó varias veces, muchas veces, si estaba bien—. ¿Qué?... —murmuré al darme cuenta de dónde estábamos—. No puede ser. Espera. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Madre mía, Oliver! —proferí al terminar el recuento de los enebros—. ¿Tanto hemos andado?

—Eeeh... No sé, yo estaba siguiéndote a ti. Íbamos hablando, se nos habrá pasado —sugirió sin darle importancia. Aprovechando que ya no estábamos en los terrenos de Monttorf, sacó el mechero, se puso el cigarro en la boca y lo encendió. ¡Como si aquello no fuera con él!

—¿Que si se nos habrá pasado? Oliver, estamos más cerca de la A-6 que de Monttorf. Hemos perdido de vista el primer enebro y ya no sé ni por cuál vamos. Hay que volver.

—Tampoco será tan difícil si hemos llegado hasta aquí. Toma, ¿quieres uno? —me ofreció, acercándome el paquete de tabaco que tenía todavía en la mano. Yo lo miré con los ojos entrecerrados, las mejillas levantadas y una ceja alzada. Él entendió mi expresión como un claro no.

La ruta de vuelta, definitivamente, nos la inventamos. Al no prestar atención al camino por el que íbamos, ahora tampoco sabíamos cómo rehacerlo para dar marcha atrás. Si no dejábamos algunas marcas para orientarnos, los árboles poco a poco nos tragarían, y entonces ya sí que no habría manera de volver. Además, el frío de noviembre y la humedad que se respiraba en esa zona empezaron a calarnos los huesos, llegando al punto de tiritar. Al sentir cómo se nos hundían los pies en el fango, se me

ocurrió meter la mano. Cogí un puñado de barro, lo cual resultó asqueroso, y lo sellé en uno de los árboles que tenía a mi derecha. Me agaché para recoger una de las hojas que se habían caído y, de aquella forma, la puse sobre el fango, como una marca.

—Oye, ¡qué inteligente! —señaló Oliver, que se dispuso a hacer lo mismo que yo en los árboles siguientes.

Así fue como creíamos que estábamos creando un camino de fango y hojas, hasta que, como unas nubes ya habían ido anunciando, empezó a chispear.

—Yo creo que antes de que empiece a llover fuerte habremos llegado a Monttorf —supuso Oliver. Y de nuevo se equivocó.

Para cuando la lluvia empezó a apretar, ya no distinguíamos la A-6 entre los árboles, lo cual era una buena señal: estábamos más cerca de Monttorf.

O no, claro.

—¡Mira! —exclamó Oliver, señalando una enorme casa de piedra alzada entre los árboles—. Podemos refugiarnos ahí hasta que pare de llover. A lo mejor vive alguien y sabe indicarnos cómo llegar a Monttorf.

Pero, conforme íbamos acercándonos, la idea de que allí pudiera vivir alguien parecía cada vez más demente. Era enorme y llena de telarañas, y la puerta estaba medio rota y con la pintura desgastada. Si te fijabas bien, se podían observar seis ventanas. Seis mugrientas ventanas con cristales rotos. Ni un huracán habría dejado la casa así.

—¡Venga, vamos! —Tiré de Oliver al ver que se quedaba pasmado, sin moverse, solo analizando las ruinas que teníamos frente a nosotros.

—No creo que sea muy buena idea entrar ahí, Darcy... —reconoció. Tragó saliva y miró alrededor—. Hasta hace un rato estabas echándome la chapa con lo que nos harían si nos pillasen aquí y con el tabaco y todo eso, ¿y ahora quieres entrar ahí?

—¡Cada vez llueve más fuerte! Vamos a coger una pulmonía si nos quedamos aquí fuera. Oliver, vamos, por favor.

Antes de que él pudiera contestar, abrí la puerta muy lentamente, incluso conocedora de que eso iba a ocasionar un gran chirrido. Cuando solté el pomo de mi agarre, este cayó al suelo, rompiéndose.

—Muy bien, ¿y ahora qué? —preguntó Oliver, que tenía las pupilas muy dilatadas y los labios y la mandíbula muy tensos.

Al entrar, me aseguré de dejar encajada la puerta de forma que no nos quedásemos encerrados en aquel lúgubre sitio. La luz que entraba por las ventanas era muy tenue y la oscuridad empezaba a engullirlo todo. Oliver sacó el mechero y lo encendió, con la intención de alumbrar algo más. Empezamos a recorrer un pasillo que parecía interminable. La madera del suelo crujía con cada paso que dábamos y el papel de las paredes estaba parcialmente arrancado. Había un olor a cerrado, mezclado con el moho negro, la humedad y la lluvia que se colaba, que nos impedía respirar con facilidad. En un momento dado, escuché cómo alguien tosía. Y aunque se escuchaba más lejos, supuse que provenía de Oliver.

—¿Estás bien? —le pregunté, aún de espaldas a él.

—Darcy —susurró con la voz rota—, yo no he sido.

Capítulo 3

Don Santiago, la contraseña y la esencia humana



Antes de que ninguno pudiera decir nada, Oliver me agarró por la muñeca y tiró de mí hasta la puerta. Una vez fuera, tomó una gran bocanada de aire y la expulsó. Echó la cabeza hacia atrás y se pasó una mano por el pelo. No paraba de mover la pierna y su pecho se hinchaba cada vez más rápido. Tenía el rostro pálido y cerraba los ojos, apretándolos tanto que se formaban unas pequeñas arrugas al final de estos. Al verlo así, supe que estaba teniendo un ataque de pánico. Me acerqué lentamente a él y lo abracé con fuerza.

—Ya está, estamos bien, Oliver, estamos bien —le repetí, sujetando su cara entre mis manos para intentar que se tranquilizara—. Mantén la respiración, estamos bien. Respira así, Oliver. —Se lo mostré inspirando por la nariz, aguantando el aire unos segundos y echándolo por la boca.

Poco a poco, su respiración volvió a estabilizarse. Apoyó la frente en mi hombro y me atrajo hacia sí antes de que pudiera librarme de su agarre. Respiró profundamente de nuevo y susurró un gracias

que me hizo cosquillas en el cuello. Acaricié el pelo que caía hacia su nuca y, despacio, fuimos soltándonos del abrazo.

—Es la oscuridad. Es..., bueno, una larga historia. Mierda, ten —me dijo mientras sacaba la cabeza de su sudadera—. Para que no cojas una pulmonía, como tú dices.

—No hace falta, pero gracias —a lo que él negó y se acercó a mí. Me colocó la sudadera como pudo y sonrió dulcemente.

—Tú me has ayudado antes, ahora te ayudo yo —me agradeció. A continuación, se puso a andar para buscar el camino de vuelta a Monttorf.

En cuestión de horas, había visto ya, al menos, tres facetas de aquel chico, y cada cual me dejaba más sorprendida que la anterior.

Tardamos casi veinte minutos en volver a divisar el gran castillo que era Monttorf. Veinte minutos en los que ninguno dijimos nada. Simplemente anduvimos en silencio, analizando muy bien el camino e intentando no tropezar con los charcos que empezaban a formarse. Estábamos llenos de barro, hasta arriba de agua y moqueando. Oliver destapó el conducto de ventilación y me aupó para subir primera. Una vez que él estuvo también dentro, volvió a recolocar la rejilla y me siguió hasta el final del conducto. Antes de saltar, me paré y le di las instrucciones de lo que íbamos a hacer:

—Quítate ya los zapatos. —Él asintió e hizo lo que le dije—. Cuando bajemos, iremos superrápido a los vestuarios. Deja la ropa sucia en mi taquilla, porque no creo que tú tengas taquilla asignada si acabas de llegar, y mañana la recogeremos y se la daremos a Loli. Te das una ducha rápida y yo hago lo mismo, ¿vale?

—¿Y qué me pongo cuando salga? —me preguntó confundido.

—Creo que puedo tener algo de Dante en mi taquilla, ahora te lo miro —le comenté, cosa que lo dejó aún más confuso—. Es como... mi mejor amigo. Algo así. A veces me deja sus camisetas o pantalones de chándal y se me suele olvidar devolvérselos.

Vigilé que no viniera nadie, aunque a esa hora probablemente todos estarían en la cantina cenando. Guardé sus cosas mientras él se

duchaba. Busqué en la mochila de gimnasia y hallé la ropa de Dante que antes le había mencionado: una camiseta de tela naranja con un logo verde en el centro y unos pantalones grises de algodón. Tenía algunos pares de calcetines limpios, aunque solo de mi talla. Doblé la ropa sobre el banco de madera que había delante de mi taquilla. Cogí algo de ropa interior, las primeras mallas de algodón que encontré y una sudadera con el escudo de Monttorf que se compró Noa y nunca más recuperó y fui para una de las duchas. Cuando volví al banco, ya vestida, Oliver estaba esperándome mientras terminaba de ponerse los calcetines, que evidentemente le estaban pequeños. Me miré en el espejo para desenredarme el pelo y él hizo lo mismo. Notaba cómo me miraba de reojo y se reía, no sabía si por lo ocurrido o por mis pintas. Puede que por ambas cosas.

El cabello mojado se me pegaba a la frente en mechones oscuros y desordenados, como si se negara a desenredarse del todo. Da igual, de todas formas, nunca lograba acomodármelo bien; siempre tenía ese aspecto de no haberme peinado porque no me había dado la gana... aunque, siendo sincera, nunca me apetecía demasiado.

Me incliné un poco sobre el espejo y observé mi reflejo: el rostro pálido bajo la luz fluorescente del vestuario, las mejillas aún enrojecidas por el agua caliente. Mis ojos marrones me devolvieron la mirada, grandes, un poco cansados, quizá.

Bajé la vista a la sudadera que me colgaba del cuerpo, ancha, con el cuello dado de sí, y a las mallas que no combinaban del todo con nada. Y me di cuenta de que siempre terminaba así, con ropa que parecía haber sido elegida a ciegas en una habitación oscura.

Me saqué la gomilla de la muñeca e intenté atarme el pelo, pero después de un par de intentos fallidos, me di por vencida. Suspiré. Daba igual.

Supongo que hoy tampoco sería la excepción. Yo era esto. Caótica, desaliñada, un poco perdida.

Tal vez, algún día, en medio del desastre, lograra reconocirme

—La cantina ya estará cerrada —lo informé al mirar la hora que marcaba el reloj de su muñeca—. Tengo algo para picar en el cuarto. Si no, podemos bajar a las máquinas del *hall*.

Lo dejamos todo recogido y limpiamos el conducto de la piscina para que Noa y sus amigos no se lo encontraran todo enfangado si querían ir.

Por los pasillos apenas quedaba gente. Cuando estaba a un par de metros de la habitación 64, la mía, divisé cruzando la esquina a Tania, la sobrina de la China. Y, la verdad, lo último que quería aquel día era escuchar esa voz tan chillona y melosa suya. Para cuando fui a meter la mano en el bolsillo de la sudadera, me di cuenta de que no había sacado las llaves de la chaqueta anterior.

—¿Te importa volver y coger las llaves? Me las he dejado en la chaqueta de cuero, dentro de la taquilla. Se abren como si fuera una caja fuerte, ya lo has visto antes. La combinación es 1086 —le expliqué. Lo que no le expliqué, en cambio, fue el significado de esos números.

Cuando yo tenía seis años murió José, mi abuelo y la persona con la que más conexión había sentido en el mundo, y sin embargo ni siquiera sé cómo murió. Solo sé que antes de empezar las vacaciones de verano él ya no estaba.

Para cuando creí ser lo suficientemente mayor como para que mis padres me contaran la verdad tras la muerte de José, con ocho años, ¡pam!, la fábrica que había a las afueras tuvo un fallo y la mayoría de los empleados sufrieron radiación. Muy pocos fueron los que se salvaron, la mayoría murió esa misma noche en el hospital. Noa y yo estábamos con la abuela, en Boira.

Así que, en sus días de lucidez, decidió que lo mejor era que nos mudásemos a Madrid, a Monttorf. Invirtió todos sus ahorros y parte de la herencia de mis padres en que pudiésemos estudiar y vivir en ese sitio, pese a que nunca hubiéramos podido permitirnoslo sin la beca. Ni siquiera sé con certeza cómo ocurrió, pero un día llegaron dos cartas a la casa de la abuela, en Boira. Noa tomó la

suya del buzón, leyó su nombre en el sobre y la abrió en silencio. Era de la directora de Monttorf. De Dorotea.

Nos ofrecían una beca para estudiar allí. Decían que era por lo que había pasado con nuestros padres. Pero nosotras nunca la habíamos solicitado.

La abuela lo vio como una oportunidad. La oportunidad de que recuperásemos la vida, la normalidad: estudiar, conocer gente de nuestra edad. Y la necesitábamos. Porque ella cada vez estaba peor. Había días en los que no nos reconocía, en los que llamaba al abuelo, en los que ponía un plato más en la mesa y decía el nombre de mi madre. A veces lloraba. Lloraba porque le daba miedo la casa, porque no sabía dónde estaba. Y yo me asustaba.

Pero aun así, no quería irme. Porque la abuela era lo único que nos quedaba. Porque la quería. Porque la necesitaba.

Así que, al principio, me negué. Grité, pataleé, pasé dos días sin comer. ¿Cómo le explicas a una niña que acababa de perder a sus padres y a su abuelo que también iba a perder a su abuela? Luego, Noa se encargó de pintarlo todo como recién sacado de una película: comer helado y ver la tele hasta las tantas, hacer excursiones a la capital, estar con tus amigos todo el día... Bueno, eso estaba quizá un poco lejos de la realidad.

Pero, en fin, esa es la historia de, probablemente, todas mis contraseñas. Al fin y al cabo, era algo que no iba a olvidárseme nunca.

Vi que Oliver se cruzó por el camino con Tania y que esta desvió su recorrido y empezó a caminar al lado del él, intercambiando algunas palabras. Eso me hizo sospechar, quizá se conocían, aunque ese era el primer día de Oliver y lo había pasado casi entero conmigo perdidos en el bosque. Solo había dos opciones: que se conocieran de antes —lo cual podría ser, ya que apenas sabía sobre la vida de Oliver antes de entrar en Monttorf— o que justo hubieran coincidido aquella mañana, después de que la China archivara su papeleo y le abriera un nuevo expediente.

Para cuando Oliver volvió a la habitación, tardé apenas cinco minutos en preparar encima de la mesa todo el suministro de comida que guardaba detrás de los cajones blancos del escritorio: una bolsa con dos o tres donuts glaseados y alguno que otro de chocolate, una lata de melocotón en almíbar, mi botella de agua roja y, cómo no, una hamburguesa del día anterior de la cantina.

—Solo tengo una. Podemos compartirla si quieres —le propuse mientras nos acomodábamos en el sofá azul de los garabatos.

Todo el que pasaba por mi habitación había pintado en aquel sofá. Tenía corazones dibujados por Noa, estrellas en verde y pequeños balones de fútbol de Ari, soles de diferentes formas que si mal no recuerdo eran de Carlos Rodríguez, líneas sin sentido paralelas que trazaba Dante cuando se aburría... Un ventilador rojizo con las aspas negras y poniendo morritos estaba dibujado en el brazo del sofá; obra mía cuando en verano no podíamos aguantar más por el calor insoportable que hacía y se me ocurrió pintar un ventilador porque, sin duda, era lo que más deseaba en ese momento. Yo creo que todos esos garabatos tenían un sentido diferente. Todos expresaban algo. Todos definían a la persona. Noa era una romántica empedernida. Cada semana afirmaba que estaba completamente enamorada de algún chico aleatorio que se había encontrado en algún lugar aleatorio. El amor, sin embargo, no era mi punto fuerte. Después de ver lo devastada que queda la gente tras perder a quienes tanto aman, se te quitan las ganas de entregarle lo que eres a alguien que, en algún momento, desaparecerá de tu vida, abandonándote, marchándose o, en el peor de los casos, muriéndose.

Siguiendo con los dibujos del sofá, Ari quería llegar a las estrellas, o quizá convertirse en una de ellas; una estrella del fútbol, depende de cómo lo veas. Dante... El de Dante es simple: amaba el orden. Cada una de las líneas de su dibujo era una pequeña muestra de cómo él podía darle forma al caos, de cómo el orden podía ser el lenguaje universal que conectaba todo. Y a todos. Y,

luego, lo de Carlos, que mostraba su gran ego, cómo se creía el Sol en el universo.

—Sí, vale, una mitad para cada uno. Tampoco tengo mucha hambre —añadió Oliver desgano, sentándose en el otro lado del sofá, demasiado alejado de mí para lo poco que solía guardar las distancias aquel chico.

—¿Te encuentras bien? —quise saber mientras cortaba la hamburguesa y se la acercaba.

—Eeh, sí —me respondió casi sin mirarme, y le dio un bocado a la comida—. Estoy cansado. Día duro, ¿eh? —murmuró, intentando quitarle hierro al asunto.

Yo me encogí de hombros, sin tener ni idea de qué podría haber pasado en los diez minutos que Oliver había ido a por las llaves.

—He visto que has estado hablando con Tania —agregué con el mismo desdén que él, como si realmente no fuera importante. Pero lo era, porque algo había tenido que suceder durante esa conversación para que ahora Oliver actuara de esa forma—. Es la sobrina de Dorotea, ¿la conoces?

—Eeh... —Se limpió el ketchup de la comisura de los labios y le echó un vistazo rápido al cuarto—. Sí, sí, la conocí esta mañana en..., tú sabes, el despacho de...

—De Dorotea, ¿no? —traté de concluir por él.

—Sí, eso, el despacho de Dorotea, por... el tema del papeleo. Ella estaba allí y yo..., bueno, yo llegué y estuvimos hablando. Poco. Hablamos poco, la verdad —afirmó. Y después de aquella mentira improvisada, no volvió a decir nada más.

Yo tampoco, por supuesto. De haberlo hecho, quizá, no podría haber averiguado lo que días después estaba a punto de hacer.

Antes de irme a dormir, y con la duda sembrada en cada idea que rondaba por mi mente, intenté recordar cómo fue la primera vez que llegué a Monttorf. Y para poder recordar, abrí el diario que guardaba dentro de la mochila, el que había heredado de mi abue-

lo. Lo dejé reposar entre mis manos y me paré a contemplarlo. La cubierta era de un negro gastado y rugoso, y tenía la solidez de algo que había resistido más tiempo del que mi memoria alcanzaba a imaginar. El borde dorado del recuadro central apenas conservaba su brillo, arañado por los años y el roce de mis manos impacientes. Sobre él, en un trazo fino de pluma, mi nombre: Darcy Pedraza. Las esquinas del diario estaban gastadas, las fibras del cartón se asomaban y casi podía sentir las cicatrices. Me pregunté cuántas veces había sido abierto, cuántas veces mi abuelo habría buscado entre sus páginas un vago consuelo de la manera en que yo lo hago. Si fue él quien escribió estas letras, si esperó a morir para que lo encontrara... Finalmente, me aseguré de que Oliver estuviera lo suficientemente en trance antes de leerlo. A veces me preguntaba por qué seguía haciéndolo, pero ya no sabía si leía porque se habían dormido mis monstruos —los propios recuerdos del pasado— o leían los monstruos —los recuerdos de un futuro que aún no había vivido pero ya estaban plasmados ahí— que no consiguieron dormir. Como fuera, no leer aquellas páginas me parecía una locura, casi comparable a pensar que el mundo, algún día, dejaría de respirar. En el diario estaba mi vida entera en forma de poemas. Era todo lo que tenía y a lo que me aferraba. Y, gracias a eso, ahora entendía muchas cosas, como por qué lo primero que hice nada más llegar a Monttorf fue ir a darme una ducha. Ese fue el primer sitio en el que lloré: en las duchas de los vestuarios de la piscina. Me sentía como si hubiera abandonado a mi abuela en Boira, sabiendo que, después de nuestra marcha, ella tenía los días contados. También notaba la presión en el pecho y cómo el estómago se me revolvía. Supongo que, en cierto modo, yo también sentía que me habían abandonado.

Recuerdo la sensación de apatía, como que todo me parecía de lo más aburrido. Clases aburridas, libros aburridos, gente aburrida... Hasta que conocí a Dante. Nunca pensé que podría llegar a llevarme bien con una persona como él. Había mucho escondido

bajo ese jersey naranja, esos pantalones beis y esos zapatos, con los que parecía que iba a ponerse a bailar un charlestón en cualquier momento. Sus ojos eran de un azul tan puro como el cielo en una mañana de verano, y brillaban con una vida que parecía imposible para un mundo tan gris. Además, contrastaban con la calidez tostada de su piel. Su rostro era una mezcla armoniosa de ángulos suaves y líneas definidas: pómulos altos, nariz recta y ligeramente perfilada, y una mandíbula firme que se marcaba más cuando se concentraba. Nada en él resultaba agresivo o demasiado serio; al contrario, había algo en su expresión, en la forma en que sus cejas ligeramente arqueadas enmarcaban su mirada, que lo hacía verse amable, alguien con quien te apetecería charlar o tomar un café.

Era alto, pero no de una manera imponente. Igual que su complexión, que era atlética pero sin ser excesiva. Se marcaban los músculos de sus brazos y sus hombros, pero no los mostraba con arrogancia, sino que se movía con una gracia natural, relajada, como si flotara en una nube.

Y luego estaba su cabello, un caos perfectamente ordenado de rizos dorados, rebeldes pero suaves, bien peinados. Y me daban unas ganas tremendas de pasar los dedos por ellos, de comprobar si eran tan sedosos como parecían.

Ahora sé que lo son, y que podría pasarme mil horas enredándolos entre mis dedos mientras contemplamos la existencia en el sofá de mi habitación.

Dante era simple, como una canción que has escuchado tantas veces que ya forma parte de ti. Pero también inolvidable, como el instante en que decides bailarla a tu propio ritmo. Compartíamos algunas clases como Matemáticas y Física, pero nunca había hablado con él. Hasta que un día ambos acumulamos tantas faltas a la clase de Lengua que la China nos castigó lavando los platos de la cantina para ver si así se nos quitaban las ganas de seguir faltando. Compartimos una hora y pico. Dante, como con sus dibujos en el sofá azul, era metódico y ordenado, incluso para lavar los platos;

tanto que casi me desesperaba al principio. Manuela, la cocinera, nos pasaba los platos, vasos y cubiertos sucios por el montaplatos. Y, claro, como Dante lavaba primero los vasos, lo demás empezaba a acumularse. Nos llevó un rato aprender a trabajar en equipo, pero, una vez que le cogimos el tranquillo, ya nunca más dejamos de hacerlo. Desde ese día fuimos un equipo. Y así será hasta el final de los días.

Me tumbé de lado, metiéndome dentro del edredón y echándole un último vistazo a Oliver para asegurarme de que de verdad seguía dormido. Dejé el diario bajo la almohada, ya que pensar en tener que levantarme para guardarlo de nuevo no era una idea que contemplara. Poco a poco, y casi sin esfuerzo, fui cerrando los ojos hasta caer en un profundo sueño.

Martes, a las 07:24 de la mañana

Como todas las mañanas, la alarma del despertador amarillo que estaba encima de la mesa negra de centro empezó a sonar. Un fuerte estruendo se escuchó dentro de la habitación. Abrí los ojos rápidamente y pude ver a Oliver tirado en el suelo, pasándose una mano por la mejilla, donde se había llevado el golpe al caer del sofá de los garabatos. Refunfuñé al darme cuenta de que continuaba en mi habitación y que probablemente seguiría allí más tiempo del que me gustaría pensar. Por las mañanas, todo eso del amor y la amistad, a mí, como que no.

Pasé por su lado, camino al baño, con lo primero que vi del ropero. Para cuando salí, con unos vaqueros y un jersey negro puestos, Oliver ya estaba vestido, sentado sobre el sofá de los garabatos y esperando, con unas deportivas relucientes y una sudadera impecable. Incluso olía bien: una mezcla de menta, romero y algo de limón; fresca y agradable. Inspiré hondo, para olerlo de nuevo,

y creo que Oliver se dio cuenta. Alzó una ceja, ladeó la cabeza y se puso de pie.

—¿Qué haces? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos.

Sentí cómo de forma inconsciente empecé a mordirme el carrillo por dentro. Estaba allí parada, frente a Oliver, esnifando su olor. A él parecía divertirle; tenía ese brillo juguetón en los ojos.

—Nada —le respondí. Noté cómo una media sonrisa se dibujaba en su cara, para rápidamente desaparecer. Su rostro se ensombreció y cada músculo de su cuerpo pareció tensarse. Y entonces recordé cómo la noche anterior, de un momento a otro, hizo lo mismo—. Espérame fuera si quieres y ahora me enseñas tu horario para acompañarte a clase.

Él no dijo nada, simplemente se limitó a asentir, sin expresión alguna, e hizo lo que le indiqué. Yo cerré la puerta y fui corriendo hasta mi cama. Saqué el diario de debajo de la almohada y lo metí en la mochila, revisándolo todo, procurando no haberme dejado nada fuera. Me colgué la mochila al hombro y guardé las llaves. Antes de salir, escuché un murmullo detrás de la puerta. Distinguí la voz grave de Oliver y la pastelosa de Tania. Entrecerré los ojos y pegué la oreja, prestando atención a lo que estaban hablando mientras me recogía el pelo en una coleta.

—¿Tiene ya la tarjeta? —oí preguntar a Oliver.

—No, pero con lo que le envió, aún debe de tener.

—¡No es...! —empezó a decir él elevando el tono de voz, a lo que ella debió hacerle alguna señal y él bajó el volumen—. No es suficiente, Tania, por favor. Si no se pincha todos los días, morirá.

—Haz lo que tengas que hacer y salva a tu madre —fueron las últimas palabras de Tania. Después de eso, Oliver dio un golpe contra la puerta que hizo que casi me cayera de culo del susto.

Me recompuse, con mil preguntas rondando por mi cabeza, y abrí despacio. Hice como la que no había escuchado nada y le pregunté qué clase le tocaba ahora. Avanzamos por los pasillos,

saludando a gente e intentando evitar a otras, hasta que alcanzamos el aula 12, la clase de Ciencias que teníamos en común.

—Es aquí. Siéntate donde quieras —le indiqué, tomando asiento al lado de la ventana, como siempre.

—¿Te importa si me siento a tu lado? —me preguntó, como si de repente fuéramos amigos de toda la vida, como si el bloque de hielo que nos separaba a los dos hacía cuestión de minutos se hubiera fundido.

—Sí, me importa. A mi lado va Dante. Mira allí, todos esos están libres —le respondí, apuntando hacia detrás. Luego me giré y empecé a sacar las cosas de la mochila. Escuché cómo refunfuñaba algo en voz baja y luego se marchaba cabizbajo.

—¡Aquí estás! —exclamó una voz masculina, serena y alegre detrás de mí. Vi a Dante, que se apoyó sobre la mesa y dejó caer su mochila sobre la silla—. Ayer estuve buscándote durante toda la tarde. ¿Estás bien, Darcy?

Supe, por el tono que empleó, que no estaba enfadado, sino preocupado. No sé si era por la delicadeza con la que siempre Dante se refería a mí o por cómo me ponía los mechones de pelo que se me escapaban de la coleta detrás de la oreja. O, a lo mejor, era por la tranquilidad que sentía al estar cerca de él.

—Sí, todo controlado —afirmé, y puse una mano sobre la suya para transmitirle calma—. Luego te lo cuento, ¿vale?

El viejo profesor de Ciencias, don Santiago Mihura Loyola, entró antes de que a Dante le diera tiempo a contestarme. A decir verdad, se conservaba bastante bien para tener setenta y dos años. De aspecto, era idéntico a Ramón Carnicer Blanco¹: calvo, nariz afilada, arrugas, ojos pequeños, gafas de culo de botella y una boina negra en la cabeza de vez en cuando.

—Buenos días a todos. ¡Vamos, vamos, cerrad los libros! —exclamó apresurado. Ante aquello, nos quedamos algo confusos, sin

¹ Ramón Carnicer Blanco (1912-2007) fue un escritor y profesor español, conocido por su labor en la divulgación cultural y la literatura de viajes.

saber muy bien qué hacer—. Venga, ¿a qué esperáis? ¡La verdad no la encontraréis en esos libros de texto si es lo que pretendéis! —«Sí, a veces parece un poco un líder de una secta conspiranoica», pensé—. Perfecto. Hoy tendríamos que ver una película sobre el universo, la totalidad del espacio y del tiempo, de todas las formas de la materia, la energía y el impulso, las leyes y constantes físicas que las gobiernan. ¡Pero no! No haremos eso. No hoy —señaló ante la atónita mirada de todos—. Necesito hablaros de filosofía para que entendáis por qué es necesario y de dónde viene ese interés por estudiar lo que nos rodea. —Miré a Dante, él me miró a mí y ambos hicimos el mismo gesto de desconcierto. La clase tenía cada vez menos sentido.

»A menudo sentimos esa extraña sensación donde la casualidad, lo inesperado, va poniendo marcas en nuestro camino, obligándonos a encauzar la vida en una dirección u otra —empezó explicando—. Hay quien dice que son designios del destino, de esa fuerza que está por encima de nosotros y que nos empuja hacia una sucesión inevitable de acontecimientos, ¡de los que no podemos escapar! —Tras una pausa dramática, continuó—: Algo así va mucho más allá de una simple sincronicidad. Supone llegar a pensar que nada ocurre por azar, sino que estamos determinados. ¿Qué supone para las personas pensar algo así? ¿Estamos entonces a merced del destino, o somos libres para elegir nuestro propio camino? ¡Vamos, vamos, preguntad!

—Yo eso... no me lo creo. —Las palabras salieron de mi boca mucho antes de que pudiera procesarlas.

—Explicanos entonces, señorita, ¿en qué cree usted?

—Bueno, no es que..., ya sabe, crea fielmente, pero... —intenté expresarme, bajo la mirada de mis compañeros, cada uno de ellos juzgando qué decía desde sus cómodos sitios— sí confío en el libre albedrío. Cada persona está condicionada por sus propias elecciones, por su propia historia personal y por su vida en una sociedad que le permite inclinarse por una determinada senda u

otra, reconociendo errores, confiando en uno mismo y asumiendo nuevos retos o proyectos. El destino no existe por sí mismo sin cada uno de nosotros.

—¡Muy interesante! ¿Sabéis? Una vez, un viejo escritor italiano dijo: «El destino no reina sin la complicidad secreta del instinto y la voluntad»; porque la vida de uno no se teje en las estrellas, sino en nuestra propia realidad. —Don Santiago me devolvió la mirada y yo asentí.

—Entonces, ¿qué pasa con la teoría causa-efecto? —preguntó una chica de pelo rizado al fondo de la clase. Era una de las amigas de Noa. Aunque la veía poco, casi siempre estaba metida en la sala de música. Kéola, creo que se llamaba.

—¡Eso es! La teoría de la causalidad, que afirma: «Si toda acción conlleva una reacción, dos acciones iguales tendrán la misma reacción»; a menos que se combinen varias causas entre sí, ¿no? Lo que haría... ¡impredicible!... el resultado a nuestros ojos.

—¿Y el azar? —inquirió Dante.

—¿Azar? —Don Santiago dejó escapar una sonora carcajada que dejó a mi compañero con los ojos bien abiertos, perplejo y sin saber por dónde iba a salirle—. ¡Nada existe por azar! Al igual, claro está, que nada se crea de la nada. Todo tiene una causa, y si tiene una causa, estaba predestinado a existir desde el momento en el que la causa surgió.

—Niega usted, por tanto, la libertad humana, ¿no? —repliqué mientras me erguía en la silla, esperando escucharlo con atención.

—¡Interesante, muy interesante! —exclamó, acercándose a mi mesa—. ¿Se cree, señorita, capaz de resolver el problema de la esencia humana platónica?

—¿Esencia humana?

—Para Platón, la esencia era como... ¡la idea, o la forma, eterna e inmutable de las cosas materiales y sensibles!, ¿entiende?; con un sentido metafísico, realista y trascendente. Por ello, si no se puede discernir alguna sustancia que distinga al hombre del resto del universo, argumentar en torno a la libertad humana es absurdo, ¿no?